

Anna Giurickovic

LA HIJA

Traducción del italiano de
Irene Oliva Luque

 narrativa
salamandra

Título original: *La figlia femmina*
Ilustración de la cubierta: Pierre Mornet
Copyright © Fazi Editore srl, 2017
Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agency
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019
Ediciones Salamandra
www.salamandra.info

A mi madre y a mi padre

Y hasta estar aquí, ahora,
me resulta lejano.

SILVIA BRE, *Marmo*

Éste es mi papá

Un entramado de calles de fiesta alrededor de la mezquita. En el zoco, el ambiente es más fresco y no tan viciado. Es septiembre. Los niños gritan, ríen, corretean entre burkas, velos de color pastel, turistas ricos, gente pobre. Se aglomeran en torno a un bazar, ante una tienda que vende artículos religiosos, ante una librería. Un hombre da un bocado a un *baghrir* y lo paladea como un niño. Un muchacho bebe a sorbos un té con menta y se las da de adulto. Maria tiene cinco años, observa las calles iluminadas y saborea un higo. La oración comunitaria en la mezquita principal ha terminado, y hay un ininterrumpido ir y venir de personas, de familiares y amigos que intercambian saludos, postales conmemorativas, regalos. Todo el islam está de fiesta por el Eid al-Fitr, que marca el fin del Ramadán. Tres merecidos días de premio después del ayuno. Los padres de Maria son italianos y sólo llevan unos años viviendo en Rabat, pero aun así les gusta participar del clima alegre de la comunidad. Ella camina de la mano de mamá, que le consiente probar todo lo que pide. Papá le explica a una pareja

francesa el sacrificio de Abraham. Es un hombre corpulento, alto, guapo. Maria se da cuenta de que, al pasar, la gente lo mira con respeto y busca su atención. Sabe que es un hombre importante, un diplomático que trabaja en la embajada italiana de Marruecos. Le gustaría arrancarle un rizo naranja de la cabeza y guardarlo en una cajita para poder decir: «Éste es mi papá.»

—«Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada. Porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único hijo.»

Maria está absorta en sus pensamientos. Es la única hija de su padre, y si un día él la atase y la pusiese sobre un altar con leña al lado, ella no se sorprendería. Se imagina que él lo haría mirándola fijamente con sus ojos negros y severos, a través de sus pestañas cobrizas. Ella le acariciaría un rizo de la melena naranja, que siempre tiene ganas y miedo de tocar. Pensaría que, si papá lo hace, está bien. Le gusta escuchar su voz mientras va de la mano con mamá: se siente protegida. Él tiene una voz profunda, sin ningún asomo de duda.

Unos días atrás, Maria había insistido en que su madre durmiese con ella. Había dormido con un sueño profundo, sereno, reparador. Había soñado con Italia, con Roma, con la casa de los abuelos, con la abuela, que le sirve el té en una bandeja y se sienta a su lado.

—Abuela, ¿me das también galletas?

—Pero, Maria, si las galletas están aquí.

En la bandeja, sin embargo, sólo hay una taza de porcelana llena de té. La abuela mira a su nieta y la invita a comerse las inexistentes galletas. Maria finge coger una, pero entre sus dedos no hay más que la inconsistencia del aire. Se siente tonta y le entran ganas de llorar. Se lleva la mano a la boca y sus dientes se tocan sin haber mordido nada. Sigue masticando el vacío hasta que un dulce y delicioso sabor a miel y almendras se extiende por su boca. La abuela sonrío y ella se despierta. Es por la mañana, temprano, y su mamá ya no está junto a ella.

La noche después de haber soñado esto, Maria se había quedado despierta y había luchado contra el sueño para vigilar que su madre siguiese allí, a su lado. La había abrazado con fuerza y había usado su pecho como almohada. Al final, su padre decidió intervenir:

—Aprende a estar sola de vez en cuando —le dijo.

Es la hora de la puesta de sol. Maria, su madre y su padre se despiden de la pareja francesa y se marchan del zoco, alejándose de la medina. El cielo está teñido de rosa, con pinceladas de color amarillo canario que persiguen al sol mientras desciende detrás de un árbol, detrás de una casa, bajo la línea del horizonte. Ya es de noche. Y esta noche mamá no dormirá con Maria. Papá la espera en la cama para contarle un cuento. Ella está en el baño celeste, el de los espejos, y lleva media hora lavándose los dientes. Primero de derecha a izquierda, luego de arriba abajo. Le ha salido sangre de las encías, así que se enjuaga y hace gárgaras mientras entona una canción: *La vie en rose*. Se ríe. En la cocina, mamá ya ha acabado de meter en el lavavajillas los platos sucios de *pastela* y cuscús. Entra en el baño, la

coge en brazos y le hace cosquillas, y Maria intenta zafarse entre risas. La acompaña al dormitorio, le da un beso a ella y otro a su marido y les desea buenas noches, dejándolos solos. Su padre lleva la túnica de lino de color gris paloma que usa como bata, y la observa mientras se mete en la cama. Ha comenzado a leer y ella lo escucha.

—«¿Por dónde he de empezar mis lamentos? ¿Te desdeñaste de que tu hermana te acompañase en tu muerte?»

Maria se bebe aquellas palabras, se apasiona por la lectura.

—No todas las niñas sabrían apreciar lo que te leo. Eres especial, Maria, eres una niña muy especial.

Maria cierra los párpados dejando que penetre en ella la potente voz de su padre, que resuena en la habitación, entre las alfombras marroquíes y las tulipas de papel. Es especial, una niña muy especial. Su padre la observa con el rabillo del ojo. Tal vez quiera asegurarse de que está atenta, de que no se duerme. Entrecierra el libro dejando un dedo en medio para marcar la página. Se inclina sobre su cabeza, le besa la frente en el nacimiento del pelo, donde el vello rubio de los niños se perla de sudor. Una mano fría recorre su cuerpo, le hace cosquillas en el costado. Ahora se introduce por el elástico del pantalón corto de algodón fino para tocarle el vientre. Ella se retrae por instinto, le tiembla el labio superior. No quiere contrariar a su papá; es una niña especial, muy especial. El hombre deja el libro, apaga la luz y Maria ve desaparecer en la oscuridad los reflejos rojizos de su pelo. Su cuerpo se acerca al de la niña. Se emociona ante el contacto de su piel delicada,

deja caer sobre ella todo su peso y Maria contiene la respiración. No consigue inflar el tórax, se mantiene en apnea. Las manos de su padre se deslizan dentro de las braguitas, y ella experimenta una sensación extraña, de calor y de tristeza. Escucha esa sensación, que tanto se parece a aquella canción: «*Quand il me prend dans ses bras, il me parle tout bas, je vois la vie en rose.*» Recuerda la letra. Es la canción favorita de mamá. La ventana está entreabierta y una brisa ligera mueve las cortinas. Mamá dice que están hechas de una tela muy cara. El padre acaricia sus partes más ocultas, primero lentamente, luego con decisión. Ni rastro de nubes: el cielo está estrellado. El cuerpo de un hombre que se estremece y se mueve crea ese calor que Maria no conoce, que no debería conocer. Luego se detiene, se abandona. Ella no sabe por qué, no sabe qué sucede, pero no tiene el valor de preguntarlo, de preguntarle a su madre el significado de aquella noche. Papá se recompone la túnica y le desea buenas noches. En esta ocasión no le da un beso, se marcha deprisa. La puerta se cierra. Maria permanece inmóvil unos minutos, luego comprueba que todo esté bien, se recoloca el pijamita y se acurruca sobre un costado, hecha un ovillo. Enciende la lamparita e intenta conciliar el sueño: ya no tiene miedo.

¿Te acuerdas de las flores?

Hoy Maria tiene trece años, los rasgos marcados, el pelo largo y moreno. Sus ojos son pequeños pero vivaces, y algunas veces tienen un aire severo. Otras, en cambio, parecen ingenuos e indefensos. En esos momentos no puedo mirarla o se me rompería el corazón dentro del pecho. Justo después de los acontecimientos que dieron un vuelco a nuestra vida, regresamos a Roma. Maria no duerme nunca. De noche pasea a oscuras por el pasillo y, sin ser consciente de la relación que existe entre su cuerpo y el espacio, choca con las paredes y se oye un ruido. Algunas veces se hace daño y maldice. Hace unos días se golpeó la cara con la pared que hace esquina entre la zona de los dormitorios y el comedor, y lanzó un grito de rabia. Serían las cuatro de la madrugada cuando la levanté del suelo: tenía la cara cubierta de sangre porque el marco de un cuadro se le había clavado en la carne, por encima del pómulo. Como cada vez que se hace daño, yo estaba aterrorizada, no era capaz de mirar la herida sin sentir dolor, como si yo misma tuviese un trozo de madera incrustado en el rostro, y pensé: «Ese ojo es mío, ese

precioso ojo lo he hecho yo.» Se limpió ella sola la herida y no quiso que le dieran ni un puntito de sutura; se acostó y no volvió a salir de la cama hasta por la mañana. La mayoría de las veces, sin embargo, tropieza con los obstáculos con lentitud, como un cuerpo muerto que se arrastra abriéndose hueco donde apenas hay espacio. No sé qué es lo que va buscando, si no duerme porque está inquieta y tiene miedo, o si, por el contrario, la noche, el oírme respirar profundamente mientras duermo, el silencio y la casa que parece vacía le infunden una serenidad a la que no puede resistirse. A menudo oigo el ruido de los platos, de los cajones que se abren y vuelven a cerrarse sin ninguna delicadeza. A la mañana siguiente, los cacharros están sucios y todo lo que antes estaba en orden me lo encuentro patas arriba.

Maria conserva la mirada dulce de cuando era niña, pero en sus respuestas feroces, que con frecuencia me hieren y hacen que me sienta mal, reconozco una gran desconfianza hacia los demás. Si le ofrezco mis abrazos, me mira con fastidio y se escabulle molesta, aunque tengo la sensación de que en cuanto pronuncia el primer «no» ya se está arrepintiendo. Necesita mis abrazos como una medicina. Hace siete años nos mudamos de nuevo a Roma para fingir que el pasado no había existido. Necesitaba lugares distintos que no cargasen con el peso de lo ocurrido, para que mi hija se criara lejos de los abusos cometidos y sufridos. Pero es como si el pasado flotara más allá del espacio y se colara con malicia en los instantes que hubiéramos preferido reservar para la alegría.

Por la mañana, temprano, me voy al bar, así tengo tiempo de sobra para leer el periódico delante de un capuchino. Si me levanto pronto, doy un paseo y bajo por las escaleras del puente de Sant'Angelo. Camino por las orillas del Tíber, que discurre denso con sus aguas de color verde botella. Quizá tiene ese color por la contaminación. O tal vez por los altos plátanos, que curvan sus frondosas ramas hacia el río y se reflejan en el agua. En el fondo, hasta lo feo puede parecerme bonito si lo miro con buenos ojos. Paseo. El sol todavía es tenue, apenas asoma entre las ramas. Dentro de poco pegará fuerte y las murallas de travertino cambiarán de color. Ahora son opacas, pero en breve se manifestarán en toda su belleza, majestuosas y blancas, y una vez más pensaré: «Eso es, esto es Roma.» ¿Maria se habrá despertado ya o se quedará en la cama hasta el mediodía? Podría comprarle un cruasán y prepararle un zumo con un par de naranjas, abrir los postigos y decirle: «Buenos días, cariño, fuera ya es verano.» Sigo caminando un poco más por el embarcadero, tal vez llegue hasta el puente Milvio y juegue a reconocer los árboles. Ése es un saúco negro, ese otro, un olmo silvestre. En esa zona la vegetación es más abundante, podría tumbarme sobre una de esas dunas de hierba y dejar que el sol me diera un poco en la cara. Eso me sienta muy bien. Si además veo algún cormorán, ¡mejor que mejor! Ayer por la mañana, por ejemplo, me pareció ver una pareja de martines pescadores, con sus lomos celestes. Y cuando uno de ellos echó a volar, haciendo una amplia pirueta para después regresar a la rama —a saber a quién querría impresionar—, vi en sus alas unas preciosas iridiscencias verdes y pensé: «Dios

mío, qué bonito, ¿quién querría volver ahora a casa?» Pero hay que volver a casa y, si además tienes a alguien que depende de ti, no cabe otra que volver a casa, nada de quedarse remoloneando por el mero hecho de haber visto un pájaro de alas bonitas, o un gorrión o una corneja. Y entonces me doy la vuelta para regresar, aunque sin poder evitar la sensación de que en el fondo mi lugar está ahí, donde el Tíber es salvaje y donde, al pasear, ya no pisas el mármol travertino, sino montones de ramas y barro. Ahí donde te miras los zapatos mojados y piensas: «¿Sabes lo que te digo? Que ahora mismo me los quito y camino descalza y, si no hace demasiado frío, incluso chapotearé un poquito.»

Si me doy prisa, tal vez llegue antes de que Maria se despierte y pueda llevarle el desayuno a la cama, así me sonreirá y yo también me pondré contenta. Apenas son las nueve, seguro que aún no se ha despertado, como mucho hará una o dos horas que habrá conseguido conciliar el sueño. Y sólo faltaría que me regañase. Vuelvo a mirar hacia el río, e imagino que veo a una niña de melenita negra con piedrecitas en la mano. Patalea, quiere quedarse un poco más y lanzar todas las piedras hasta que al menos una de ellas rebote dos o tres veces sobre la superficie del agua, pero su madre parece estar harta y quiere limpiarle las manos. El río de mi recuerdo es muy distinto al Tíber. Es de un celeste pálido y se encrespa cuando pasa la barquita de remos, pintada de rojo y amarillo. Sentadas en un banco, hay dos mujeres con el pelo cubierto. El mantillo es rojizo, como una puesta de sol, y los chillidos de las gaviotas se confunden con el ruido de los coches que pasan por la calzada cercana. Reconozco ese río,

es el Bu Regreg, y la niña no puede ser otra más que Maria: tiene los ojos negros como aceitunas y una energía inagotable. Y ésa soy yo, con el cabello abundante y moreno, muy corto, como lo llevaba hace unos años. Estamos esperando a mi marido; ha ido al zoco de al lado a comprar un par de *baghrir* de queso de cabra que compartiremos. Recuerdo aquella tarde como una fotografía. Por la noche, Giorgio iba a volver a Roma para a visitar a su madre, que se había roto la cadera y no podía moverse. Normalmente era ella la que venía a Rabat. Le encantaban Marruecos y sus colores, y decía que, en cuanto bajaba del avión y ponía un pie en el suelo, podía oler el perfume de esta tierra. Sobre todo el olor a hierbabuena, porque así es como huele el té que los marroquíes beben en todas las comidas, en cualquier estación y momento del día. Era guapa Adele, se parecía a Maria, con aquellos ojos azabache y los gestos elegantes. Nunca se cortaba el pelo, lo llevaba recogido en un moño blanco que le caía lacio sobre la nuca. Cuando callejeaba por Rabat, en busca de telas bonitas para llevarse a Italia, siempre encontraba a alguien que la invitaba a un té en cada tienda en la que entraba.

—Ni se me ocurre rechazarlo, aquí se ofenderían, ¿sabes? —me decía siempre para excusar sus retrasos.

Nosotros allí, esperándola para cenar, y ella tomando un sorbo aquí y un sorbo allá, y preocupándonos porque el cielo se oscurecía y al fin y al cabo no dejaba de ser una mujer de cierta edad. Muchas veces me quedaba sola, y cuando Adele venía a visitarnos la casa era una auténtica fiesta. Algunas tardes Maria fingía estar enferma para no tener que ir al colegio, y las tres

«jugábamos» juntas a preparar el té. La abuela, ataviada de negro con un vestido largo hasta los tobillos, un collar de perlas sobre el pecho y el pelo recogido, nos advertía:

—No es ningún juego, es una cosa muy seria. Estamos haciendo el ritual del té. —Y diciendo esto, ponía el agua a hervir y le pedía a Maria que preparara la tetera. En cuanto hervía el agua, Adele vertía un dedo sobre las hojas de té, para que se abriesen bien, y después colaba el líquido y añadía más agua, que volvía a poner al fuego.

—Pero ¿cuántas veces la hierves? —le preguntaba yo.

—Es un ritual, es un ritual, ¡a ver si ahora vas a venir tú a cambiarlo!

Adele vertía el té en un vasito «desde una altura de treinta centímetros, para que el azúcar se disuelva bien», según explicaba, y luego devolvía el contenido a la tetera y repetía la operación varias veces. Al verla hacerlo una y otra vez, yo me exasperaba, y Maria me regañaba:

—Basta ya, mamá, el ritual del té es así. La abuela lo ha aprendido de un señor que lleva turbante y una barba larga; ¡el ritual no se puede cambiar!

La bebida tenía un sabor único. Yo a veces machacaba unos cuantos pistachos y los añadía a los vasitos. O le decía a Maria que amasara sémola con almendras molidas muy finas y azúcar glasé para hacer *ghoriba*, que luego, cuando las mojábamos en el té, se ponían blandas y se impregnaban de líquido.

Cada vez que mi marido se marchaba, la angustia se apoderaba de mí. Era como si de golpe todo fuese

demasiado pesado para mis hombros, hasta las cosas más nimias: llevar a mi hija al colegio, preparar la cena. Me sentía cansada, temía que pudiese surgir algún imprevisto. Si las maestras se quejaban de Maria, sentía que la situación me desbordaba. Me estoy equivocando, ¿en qué me estoy equivocando? Si estaba sola, apenas podía dormir. A menudo iba corriendo hasta el dormitorio de Maria por miedo a que se la hubiesen llevado, y ella se despertaba con los ojos somnolientos y me decía:

—Estoy bien, mamá, estoy aquí.

Tenía sólo cuatro años e intentaba tranquilizarme. A una madre se le exige seguridad, pensaba yo, y en cambio me siento como un alga unida por un hilo al fondo marino; un alga que baila de un lado a otro en el agua, temiendo que la próxima ola fuera la última para ella. De niña solía llorar cuando mi padre me dejaba en el colegio. Y si alguien me hacía una pregunta, respondía en voz baja y me ponía roja hasta la punta de las orejas. Siempre supe que no haría nada importante en la vida, que llevaría una existencia modesta y que, sin demasiados paños calientes, me marcharía con una muerte intrascendente en el momento justo. Todos dirían: «Ah, era una buena mujer. Sí, era una buena mujer», porque eso es lo que se dice de una mujer que acaba de morir y de la que nadie tendrá motivo alguno para acordarse. Giorgio nunca fue un hombre afectuoso, pero parecía íntegro. Tenía un tono autoritario que yo adoraba —sí, no me avergüenza admitir que lo adoraba, y mucho—, y si decía sí o no, quería decir exactamente sí o no, nunca otra cosa. Reflexionaba largo y tendido sobre cualquier

asunto, y cuando tomaba una decisión, la llevaba hasta sus últimas consecuencias y alcanzaba todos los objetivos que se había propuesto. Todos hablaban bien de él y, al mismo tiempo, se sentían intimidados. Sus palabras nunca eran amables, sino tajantes y estudiadas de la primera a la última sílaba. El tono de su voz y el timbre se adaptaban a ellas a la perfección. Aun así, de alguna manera seguía siendo un niño. Toda aquella rigidez era sólo para protegerse. La dureza y el cumplimiento a rajatabla de las normas eran la jaula que se había construido para encerrar al monstruo.

Qué guapa está hoy Maria. Lleva un vestido de flores con un cinturón que rodea la cintura de avispa. Sus caderas son estrechas, su espalda blanca y menuda. Se ha recogido el pelo con un pasador y por fin puedo verle toda la cara. Está radiante, ¿es que piensa salir? Se ha pintado los labios de un rojo claro y, con esos ojos tan negros y vivos, ningún hombre podrá evitar fijarse en ella. El cielo está cargado y temo que se ponga a llover. Si sale así, vestida de punta en blanco, se le mojarán los zapatos y se le encrespará el pelo sobre la cara, el maquillaje se le correrá y parecerá una bruja. Ojalá salga el sol, un rayo o dos, aunque sea una luz pálida, con tal de que le dure el buen humor.

—Salgo a desayunar.

—¿Puedes pasar por el mercado y comprar habas?

—Vale. ¿Cuánto compro?

—Lo que te parezca. ¿Vuelves a casa para comer?

He invitado a Antonio.

—¿Antonio, tu amiguito? —Me mira con cara de listilla.

—Como insiste tanto en conocerte, he pensado que hoy, domingo, podía ser un buen día, ¿no crees? Si no te apetece...

—Sí, es un buen día.

Camina hasta la entrada, parece contenta de verdad. Tiene un porte desgarbado y, aun así, su larga figura le confiere un aire elegante. Incluso esa forma que tiene de balancearse es agradable a la vista, como si nadase cansada para ir de una roca a otra. Se detiene delante del gran espejo de pared que hay en el recibidor, se alisa la falda a la altura de las caderas, se echa el pelo hacia atrás. Ese espejo es uno de los pocos muebles que nos trajimos de Rabat a Roma, además de alguna alfombra. Un objeto de una belleza inigualable. El marco de madera de cedro está tallado a mano, con incrustaciones de resina blanca. Tiene forma de mihrab, esa hornacina rematada por una semicúpula decorada que siempre está orientada hacia La Meca y que representa la parte más sagrada de la mezquita. Desde allí dirige el imam la oración. Debería coger ese precioso espejo y hacerlo añicos, porque me da la sensación de que tiene una influencia nefasta en el humor de mi hija. No debería haber conservado nada de nuestra vida en Marruecos.

—Ni en broma puedo salir con esta pinta, parezco una idiota. ¿Por qué no me has dicho que parezco una idiota?

Pero ¿cómo iba a separarme de un objeto tan maravilloso? Cuando nos mudamos a Italia, Maria y yo decidimos que dejaríamos atrás nuestros recuerdos. En el avión jugábamos a esto:

—¿Te acuerdas de la muñeca que te regaló la abuela por Navidad, la del vestido de perlas?

—No, no me acuerdo. ¿Tú te acuerdas de que, cuando hacía los deberes, me traías pastelitos y me los comía sentada sobre los cojines del suelo?

—No, no me acuerdo. ¿Te acuerdas del enorme elefante de porcelana que había en la consola de la entrada y que tenía unos ojos de cristal tan bonitos que parecían de verdad?

—No, no me acuerdo. ¿Tú te acuerdas de las flores?

—¿Cuáles? ¿Las de color azul y rosa con las que habíamos llenado el balcón para hacer un jardincito?

—Sí, ésas.

—No, no me acuerdo.

Me parece de lo más tonto haberme encariñado con un espejo que es simplemente bonito y nada más, y en el que nuestros cuerpos aparecen deformes, con el mal aspecto de los enfermos, cargados con todos los recuerdos que decidimos no recordar. Cada vez que Maria se topa con ese espejo ya no puede salir de casa, incluso yo intento pasar delante de él sin mirar mi reflejo, con tal de no verme obligada a dar media vuelta y dejarlo todo para más tarde.

—¿No podrías haberme dicho que parecía una idiota vestida así?

—¿Así, cómo?

—¡Así, así! —responde exasperada, tirándose del vestido.

—Que no, Maria. Que el vestido te queda bien.

—No es cierto. Lo dices porque quieres que salga y no te dé la lata. Nunca dices la verdad.

—Pero es que es verdad. Hace un momento lo estaba pensando: «Hay que ver lo guapa que está Maria, tan resplandeciente, con este vestido que le sienta como un guante.»

Le pongo una mano en el hombro, con cuidado. Me doy cuenta de que se ha calmado porque se deja tocar. Esboza una sonrisa.

—Ya verás cómo te mira la gente. Toma, ponte el abrigo.

—Pero si es verano.

—Hoy hace más fresco, y es de algodón. Y además, ¿no ves lo bien que te queda? ¡Pega con el color de tu piel, del pelo, de los ojos!

—Vale. —Se arregla la chaqueta ajustándose el talle con el cinturón, y esta vez no se mira al espejo. Le brillan los ojos, su rostro es dulce, la boca, pequeña y tierna.

—¿Estoy guapa de verdad? —pregunta.

—Estás guapa de verdad —le contesto.

—Me voy —dice entonces, alegre. En la mejilla izquierda aparece un precioso hoyuelo y, deslumbrante, sale de casa.

Me quedo quieta donde estoy, sin mover un solo dedo. Tengo ganas de cantar, de abrir las ventanas: ha salido, se está curando. ¿Y si vuelve? ¿Y si echa a correr escaleras arriba, tropezando, entra en casa, me abraza y me dice llorando: «Soy feísima, abajo en la calle me han mirado mal», y luego se encierra en su cuarto hasta quién sabe cuándo? Me asomo, veo cómo el faldón de su chaqueta desaparece a la vuelta de la esquina. No regresa. Me la imagino paseando por via Cola di Rienzo, hacia el mercado del barrio. Luego, como una

señora, bamboleándose entre los puestos de fruta y verdura: «Señorita, ¿quiere probar estas cerezas ricas, ricas? ¡Pero mira que es guapa esta señorita, tanto que por Dios que le regalo un par de kilos!», o dando un rodeo, porque el cielo brumoso de la mañana ahora se ha aclarado y le apetece pasear. Puedo imaginarla subiendo por el lateral de la muralla vaticana, con las columnas pareadas de San Pedro al fondo, o bordeando el Tíber, que está a rebosar, con el Janículo a lo lejos, vacío y silencioso. Lo primero que hago es cambiarle las sábanas y airear la habitación. Recojo las bragas, los calcetines, entra un rayo de sol, doblo la ropa para que Antonio lo encuentre todo en orden cuando llegue. Siempre, todos y cada uno de mis días, he vivido a merced de los cambios de humor de mi hija. Sin forma alguna de preverlo, sin ninguna regla. Sin que yo pueda hacer nada al respecto, pasa de la sonrisa al llanto, de las atenciones a la agresión. Recuerdo que una tarde, en Marruecos, estábamos las dos sentadas en torno a la mesa de la cocina: yo cernía la harina, ella jugaba con sus lápices de colores. Intentaba dibujar una mariposa, «las alas son rosas y azules», giraba el folio, «y dentro hay muchos círculos y muchos corazones». Y de buenas a primeras, sin razón aparente, empezó a insultarme y a garabatear toda la hoja. «Ya no es una mariposa, sino papá ricitos chifladito», dijo, y siguió pintarrajeando el folio hasta que lo agujereó: «Es el insecto de ojos rojos y me pica, ¡me pica!» Parecía aterrorizada por su propio dibujo. Se abalanzó sobre mí como si quisiera tirarme al suelo y empezó a darme puñetazos en las piernas. Luego trató de arañar la pared, se dio la vuelta e intentó herir su piel y la mía con

el lápiz que tenía en la mano. Esperé a que regresara mi marido fingiendo que no había pasado nada, y evité a Maria como si fuese una extraña que hubiese atentado contra mi vida y no mi hija de cinco años que estaba zarandeándose para que mirase más allá, que lanzaba señales de su malestar para que yo me percatase de lo que le estaban haciendo. Me dije: «Dentro de pocas horas estará aquí Giorgio, le dirá cuatro cosas y la regañará como hay que hacerlo. Ya se encargará él.» Desde la cocina, podía oír en el salón los pasos de Maria, que se había tranquilizado y jugaba con los Lego, aunque yo tenía miedo de que volviese y me lanzase un cuchillo.

«Está enferma, está loca.» Me asomaba para ver qué estaba haciendo.

—Brum, brum —susurraba ella, arrastrando un bloque de Lego por la alfombra.

«Si fuese distinta, si mi hija no fuese ella, ¡qué feliz sería!», pensaba yo. Me autocompadecía, me llevaba las manos al pecho y lloraba en silencio, confiando en no tener que enfrentarme de nuevo a su mirada.

—Brum, brum —decía de nuevo.

Aquella noche, Giorgio esperó a que estuviésemos todos sentados a la mesa para abordar el tema.

—¿Qué ha pasado esta tarde, Maria?

Ella estaba avergonzada y fingía no oírlo, jugaba con la comida que tenía en el plato. Con los guisantes formaba el tallo de una flor; con las zanahorias, la corola.

—Le has levantado la mano a mamá, ¿verdad?

—No es verdad, ha sido el insecto de ojos rojos.

—Maria, estás contando mentiras, mamá no cuenta mentiras. Pídele perdón, le has levantado la mano.

—¡Pero no es verdad! ¡No es verdad! —chillaba Maria con desesperación.

—¡Silencio! Pídele perdón y dile que ya no lo harás más.

—¡Deberías darle una buena, Giorgio! —lo instaba yo.

—¿Para darle un buen ejemplo? Déjame ejercer de padre. Maria, pídele perdón a mamá. Uno, dos...

—Perdón, mamá, no volveré a hacerlo.

Aquella noche yo no quise saber nada de acostar a Maria, y su padre se quedó con ella un buen rato. Yo sólo deseaba que él regresara a mi lado, que me asegurara de verdad que no volvería a ocurrir. Pero ocurriría de nuevo, continuaría ocurriendo una y otra vez, aquello no era más que el principio.

—Llévemola al psiquiatra —le propuse, con la esperanza de que pudiera curarse.

—Pero qué psiquiatra ni qué ocho cuartos. Silvia, por favor.

—¿Y por qué no, Giorgio? ¿A ti te parece una niña normal?

—Los psiquiatras curan enfermedades.

—Los trastornos mentales.

—¿Y qué tipo de trastorno crees que puede tener nuestra hija? En mi opinión, contigo no hay nunca término medio.

—A estas alturas, me parece evidente que es distinta. ¿A ti no?

—Es una niña muy inteligente, y las personas inteligentes a veces hacen cosas raras.

—Está loca, es violenta, está rabiosa como un perro. Tú te pasas todo el día fuera, pero te aseguro que

para mí la situación se ha vuelto insostenible. ¿Lo entiendes? Tener miedo de tu propia hija...

—Tiene su carácter y no puedes hacer nada para cambiarlo. Intentaremos estar más pendientes de ella, pero los niños no son cobayas.

—Los niños tienen todo el derecho del mundo a esperar protección, ayuda, amor y la oportunidad de desarrollar al máximo todo su potencial en la vida. Y creo que Maria realmente necesita apoyo.

—Llevar a una niña tan pequeña al psicólogo no equivale a protegerla, sino a lavarse las manos. Sería como decir: «Ocupense ustedes, nosotros no hemos sabido quererla lo suficiente.» ¿Es que no te das cuenta de que Maria sólo está reclamando un poco más de cariño?

—Yo en tu lugar la habría mandado a la cama sin cenar, ¡estoy que me subo por las paredes!

Aquel día la habría encerrado en su habitación hasta que me hubiese implorado que la dejara salir. Era ella quien destruía la idea de familia ideal que yo tenía. Era ella quien me recordaba cada día hasta qué punto yo era una fracasada. Ella, que con su furia quería obligarme a ver. Y yo no veía nada. Era ella la que debía cambiar, no yo ni mi marido, que nos amábamos desde hacía una vida. Giorgio, no obstante, fue a acostarla, le leyó algunos cuentos para que se durmiera. Cuando volvió a la cama, me consoló como de costumbre. Me sostenía la cabeza, acariciándome igual que a una niña, y yo me dejaba llevar aún más, convencida de que él era mi refugio.

—Nuestra hija es un monstruo; ¿qué hemos hecho nosotros para merecer esto?

—Déjalo ya, cariño. Duérmete, tú también estás nerviosa.

